

El Verdadero Problema es la Economía Endeudada

# No Peligraba la Integridad

- ★ Faltó Determinación Para la Apertura del Sistema
- ★ Hereda CSG una Estructura Prendida con Alfileres
- ★ A Tomás Brody su Contribución lo Distingue de Muchos

LORENZO MEYER

NUEVA YORK, 29 de noviembre.—No puedo iniciar esta columna desde Nueva York sin referirme a Tomás Brody, científico y amigo hoy desaparecido. La última vez que vi a Tomás fue hace unas semanas, precisamente aquí, en Nueva York. Estaba lleno de planes y con el optimismo moderado de alguien que vivió muy de cerca las experiencias que dejan marcas permanentes, como fue la Segunda Guerra Mundial.

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

## Influyentes Fuerzas Económicas y Políticas Pugnan por Entrelazar a México, EU y Canadá

ADOLFO AGUILAR ZINSER

WASHINGTON, D. C., 29 de noviembre.—Al mismo tiempo que el 22 de noviembre George Bush recibía en el avasallador Centro Espacial Lyndon B. Johnson de Houston a Carlos Salinas de Gortari, en Toronto, Canadá, Martín

SIGUE EN LA PAG. VEINTIOCHO

Sigue de la primera plana

Su muerte violenta, insensata e inaceptable, en las calles de la ciudad de México es una acusación terrible —una de tantas— contra todos los que, de una manera u otra han, o quizá hemos, contribuido a hacer de esa ciudad en particular, y de nuestra sociedad en general, el sitio indigno de vivir que hoy es. Y ante lo irreparable e inaceptable, deseo recordar al profesor Tomás Brody como una persona positiva, que sin haber nacido en México, se propuso hacer de la UNAM una contribución personal, pero significativa, en un campo donde hacía mucha falta —en nuestra cultura científica superior, en la física—, hecho que lo distinguió de muchos mexicanos que, estando en la posibilidad de optar por algo igualmente positivo, han preferido desentenderse de su obligación social en aras de sus intereses particulares.

Dicho lo anterior, es imperativo volver la atención al mundo y al momento que vivimos: el cambio de gobierno. La prensa neoyorquina ha despedido a Miguel de la Madrid justo como él se propuso que fuera, con sus propias palabras: como el líder del país vecino que no permitió que en 1982 la nación se le deshiciera entre las manos, y que hoy, seis años más tarde, entrega las riendas del poder a su sucesor en una situación distinta —supuestamente mejor— a como él las recibió. Pero, ¿es realista, y justo, el punto de partida de este juicio? Me parece que no.

México, como Estado nacional, se desintegró parcialmente al surgir de la terrible etapa de su lucha contra el dominio español. Apenas lograda la independencia se perdió Centroamérica y unos años después, Texas. La guerra con Estados Unidos desgajó la porción que va de Nuevo México a la Alta California. En el filo de la navaja obtuvo la integridad del resto de una nación que entonces era más un proyecto que una realidad, y de la que se hubieran podido separar por las buenas o las malas, lo mismo Yucatán que los estados del norte.

La Revolución de 1910

desató terribles fuerzas centrifugas. Por algunos momentos el gobierno nacional simplemente desapareció, pero el país ya no se desintegró. Si la integridad nacional resistió el huracán revolucionario —cuando las bases de la unidad eran más endebles de lo que son hoy— no veo realmente la razón por la cual la crisis del modelo económico en 1982 hubiese llevado a la desintegración de la nación que sugirió la frase de De la Madrid al principiar su sexenio y que hace unos días recordó el New York Times. Digan lo que dijeren las élites de provincia como desahogo contra el centralismo, como en Chihuahua por ejemplo, es un hecho que en sociedades pobres como la nuestra, los estados pequeños son menos viables y soberanos, de lo que es México hoy día. Buscar en la separación de las partes una solución a nuestros problemas económicos, políticos o sociales, no sólo es antipatriótico, sino absurdo.

★

En realidad, los problemas que enfrentaba el país al asumir el poder De la Madrid hace seis años, aunque severos, fueron de una naturaleza distinta de aquella de la desintegración nacional, y que hoy amenaza a naciones tan diversas como la Unión Soviética, Yugoslavia o Etiopía. No; México no se deshizo en las manos de nadie en 1982 o después, porque simplemente no era ese el problema mexicano. El asunto por resolver era, y sigue siendo, otro, difícil pero menos dramático: la sustitución de una economía endeudada, basada en un mercado interno protegido y pobre, como un aparato industrial ineficiente por otra, capaz de reiniciar el crecimiento sostenido que hoy demanda de mil formas la sociedad mexicana.

El sexenio que hoy termina siguió, en materia económica, el camino que le era más natural. No podía permanecer donde estaba, pues sencillamente ya no contaba con los recursos mínimos para ello. El cambio económico fue, menos una decisión libre de los delamadridistas y más el resultado obligado de su herencia a Lópezportillista. ¿Había para ellos, para los delamadridistas —partici-

# NO PELIGRABA LA INTEGRIDAD

pantes voluntarios y entusiastas en la creación de la economía de la deuda de López Portillo— una alternativa a la reducción del papel del Estado, la apertura de la economía al exterior y la puesta en marcha del actual proyecto neoliberal (o neoconservador)? Me atrevo a suponer que no.

De esta perspectiva, el área de verdaderas decisiones del sexenio delamadrista —donde sí hubo libertad de elegir— se dio en la forma como se administró el cambio de modelo económico, pero no el cambio mismo. Para llevar a efecto esta administración de la crisis, el gobierno de Miguel de la Madrid contó con un apoyo relativo del exterior —¿o debemos admitir que fue presión?—, en la forma de deudas nuevas para pagar las antiguas, con la buena disposición primero, y el apoyo franco después, del gran capital mexicano, y con la enorme inercia de un aparato estatal dominado totalmente por el “partido prácticamente único”. El costo del cambio lo pagaron de inmediato —y aparentemente lo van a seguir pagando— los grupos sociales más desprotegidos a todo lo largo y ancho de la escala social, o sea, los menos organizados, los más vulnerables.

En realidad, y esta es mi hipótesis, el área donde el equipo que nos designó en el sexenio que hoy termina, tuvo mayor libertad de acción; fue no tanto en la administración de la crisis, sino en la esfera de la política pura. Fue en el reino de las formas del ejercicio del poder donde el camino que debieron seguir los sucesores de José López Portillo no estaba tan sobre-determinado, como sí lo estaba en el caso de la economía. La gran oportunidad de Miguel de la Madrid al iniciar su gobierno —la posibilidad de hacer o dejar de hacer— consistió en la posibilidad de convertir la crisis económica en un instrumento para reestructurar la vida política mexicana, de tal manera que mediante el cambio político se generara la legitimidad que inevitablemente se tendría que perder por el alto costo del cambio económico. Finalmente se decidió no aprovecharla.

Si hubiera existido determinación entre la élite go-

bernante, no hubiera sido imposible intentar combinar la apertura de la economía con la apertura del sistema político, y empezar así y desde luego la sustitución del monopolio del poder ejercido por el partido de Estado por un sistema de partidos, es decir, un sistema de poder y responsabilidad compartidos que asegurara la participación de la sociedad en el cambio que lo iba a afrontar de manera irremediable. Una apertura política genuina hubiera sido el equivalente deseable a la apertura que se puso en marcha en la arena económica. Sin embargo, fallaron los nervios de quienes debieron de tomar las decisiones y el sexenio se cerró con el broche de oro —bueno, eso del oro es simplemente un decir— de la trilogía de las elecciones sosrechosas; 6 de julio-Veracruz-Tabasco. De la Madrid decidió llevar a cabo el cambio económico sin que la tradicional clase dirigente tuviera que pagar ningún costo real.

★

Todos los que hoy se empeñan en resaltar el lado positivo del sexenio que ha concluido, subrayan que, pese a todo, la represión política durante esta etapa fue nula y que vale la pena resaltar este hecho tan positivo. Pero esa ausencia de violencia debe verse y valorarse a la luz de los problemas no resueltos, es decir, de lo que va a implicar haber pospuesto el momento en que el autoritarismo benigno del que hemos disfrutado hasta ahora se torne menos tolerante, e insista en no ceder posiciones, lo cual históricamente ha sido uno de los caminos más seguros a la violencia. Veamos por qué digo.

Con todas sus imperfecciones, la lucha por el poder mediante la canalización de las energías sociales por la vía de los votos y de los partidos políticos era el único sustituto a la lucha abierta violenta por la distribución de los bienes escasos de una sociedad que es, a fin de cuentas, la esencia de la política. Ahora bien, no se puede tener el lado positivo de los partidos —la lucha incruenta y civilizada— si de manera sistemática, y por la vía del fraude, se impide que los parti-

dos de oposición accedan al poder en el nivel local o nacional. Sólo partidos y electores con vocación masoquista podrían seguir canalizando sus energías indefinidamente por la vía de las urnas ahora que, tras lo sucedido en Tabasco, parece haber quedado en claro que, por lo que hace al gobierno, el monopolio del poder va a seguir en manos del PRI, independientemente de la voluntad del supuesto soberano; es decir, del pueblo elector.

El monopolio del partido del Estado en México ya no tiene la legitimidad de que disfrutó cuando su derecho a gobernar se aceptaba en función de su carácter de arquitecto del “milagro mexicano” y “heredero de la Revolución”. Quizá De la Madrid pueda decir con justicia, no sólo que el país no se le deshizo entre las manos —lo que, como vimos, es una afirmación cierta pero sin sentido—, sino que el sistema político tradicional tampoco se le deshizo en las manos. Pero ¿es eso algo que le pueda llenar de orgullo? En cualquier caso, si no se le deshizo, estuvo a punto. La verdad es que le ha legado a Carlos Salinas una estructura de poder prendida apenas con alfileres. Y justamente por ello el nuevo Presidente tendrá que tomar la decisión fundamental que no tomó el saliente, pero en condiciones menos favorables, pues seis años no han pasado de balde. Así pues, en el futuro inmediato, o se abre el sistema y se entrega a los partidos de oposición esa parcela de poder que realmente ganaron en las urnas —y esto se ve cada vez menos probable— o el autoritarismo mexicano se tendrá que ejercer sin la influencia civilizadora de la lucha pacífica, electoral, y sin la mediación de los partidos. De ocurrir esto último, el poder tendrá que apovarse y ejercerse con la fuerza desnuda.

Cualquiera que finalmente sea el caso —apertura tardía pero deseable o autoritarismo desnudo—, lo más seguro es que a Carlos Salinas el sistema político tradicional finalmente, y tras casi setenta años de existencia, si se le deshaga entre las manos; de él dependerá que esa desintegración sea para bien o para mal; es su responsabilidad.